



**ANTOLOGÍA  
DE  
NOVELAS  
DE  
ANTICIPACIÓN  
IV**

Cuarto volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *El viaje más largo, El segundo viaje a Marte, Un terror insignificante, Como timbres de alarma, Al fin del tiempo, Dos son una multitud, Entra en mi bodega, Estación de término, El problema de la servidumbre, Viaje siniestro, Equipo de exploración, La cúpula, Terrestres portadores de presentes, Un hombre distinguido, Un lugar de los dioses, El traidor, El jardinero y Amanecida.*

# El viaje más largo

Poul Anderson

La primera vez que oímos hablar de la Nave Celeste estábamos en una isla cuyo nombre era Yartzik. Aquello ocurrió, aproximadamente, un año después de que el Golden Leaper zarpara de Lavre Town. Nosotros calculábamos que habíamos dado media vuelta al mundo. Nuestra pobre carabela estaba tan sucia de vegetación marina y moluscos que, aunque desplegáramos todo el velamen, apenas podía arrastrarse sobre el mar. El agua potable que quedaba en los toneles había adquirido un color verdoso y un olor nauseabundo. Las galletas estaban llenas de gusanos. Y entre la tripulación habían aparecido los primeros síntomas de escorbuto.

—Sea o no peligroso —decidió el capitán Rovic—, tenemos que atracar en alguna parte. —Un brillo, que yo conocía muy bien, apareció en sus ojos—. Además, ha pasado mucho tiempo desde que preguntamos por las Ciudades Doradas. Quizá por aquí sepan algo de ellas.

Mientras avanzábamos hacia el este estuvimos tanto tiempo sin ver tierra que la palabra motín se hizo usual en labios de todos los tripulantes. En lo íntimo de mi corazón, no se lo reprochaba. Día tras día, ante las aguas azules, la espuma blanca, las altas nubes en el cielo tropical; sin oír más que el ruido del viento, el rumor de las olas, el crujido del maderamen de la carabela, y a veces, por la noche, el

horrible chasquido de un monstruo marino al saltar en las aguas. Era demasiado para unos simples marineros, hombres ignorantes que seguían creyendo que el mundo era plano.

Una delegación se presentó al capitán. Tímida y respetuosamente, aquellos rudos y corpulentos hombres le pidieron que emprendiera el regreso. Pero sus camaradas se amontonaban abajo, con los musculosos cuerpos bronceados por el sol, tensos bajo sus harapos, con cuchillos y cabilas al alcance de la mano. Los oficiales, en el puente de mando, teníamos espadas y pistolas, es cierto. Pero no éramos más que seis, incluidos el asustado muchacho que era yo, y el anciano Froad, el astrólogo, cuyas túnicas y barba blanca resultaban muy respetables, pero de muy poca utilidad en una lucha.

Rovic permaneció largo rato en silencio después de que el portavoz de la delegación hubo expresado sus deseos. No se oía más que el rumor del viento y el chocar de las olas contra los costados de la nave. Nuestro jefe tenía un aspecto impresionante; al enterarse de que iba a recibir a una comisión de marineros, se había puesto las calzas rojas y una resplandeciente esclavina. Su casco y su peto brillaban como espejos. Las plumas ondeaban alrededor del yelmo de acero, y los diamantes que adornaban sus dedos llamaban contra los rubíes del puño de su espada. Sin embargo, cuando habló, no lo hizo en el tono de un caballero de la corte de la Reina, sino en el vulgar lenguaje Anday de su infancia de pescador.

—De modo que queréis regresar, ¿eh, muchachos? Después de haber dado media vuelta al globo... ¡Cuán distintos sois de vuestros padres! Existe una leyenda que habla de una época en que todas las cosas obedecían a la voluntad del hombre, y dice que si estamos obligados a trabajar fue por culpa de un perezoso hombre de Anday. Aquel hombre le ordenó a su hacha que cortara un árbol para él, y luego ordenó a los haces de leña que se dirigieran a su

casa; pero cuando ordenó a los haces que le transportaran también a él, Dios se enojó y le quitó el poder. Como compensación, Dios concedió a todos los hombres de Anday suerte en el mar, suerte en los dados y suerte en el amor. ¿Qué más podéis pedir, muchachos?

Desconcertado por aquella respuesta, el portavoz de los tripulantes se retorció las manos, enrojeció, miró hacia cubierta, y tartamudeó que íbamos a perecer miserablemente... de hambre, de sed, o ahogados, o aplastados por aquella horrible luna, o despeñados más allá del límite del mundo. El Golden Leaper había llegado más lejos que cualquier otro buque, y si regresábamos enseguida, nuestra fama perduraría para siempre...

—¿Podemos comer de la fama, Etien? —preguntó Rovic, todavía suave y sonriente—. Hemos tenido luchas y tormentas, sí, y también alegres francachelas; pero no hemos visto aún una Ciudad Dorada, aunque sabemos perfectamente que se encuentran en algún lugar, llenas de tesoros para el primer hombre que se apodere de ellos. ¿Qué dirían los extranjeros si regresáramos ahora? Los arrogantes caballeros de Sathayn, los sucios buhoneros de Woodland se reirían, y no sólo de nosotros, sino de todo Montalir.

De este modo capeó el primer embate. Sólo una vez tocó su espada, desenfundándola a medias, con aire ausente, al recordar cómo se había superado el huracán de Xingu. Pero ellos recordaron el motín que se había producido en aquella ocasión, y que aquella misma espada había atravesado a tres marineros armados que atacaron a la vez al capitán. Les dijo que, por su parte, estaba dispuesto a olvidar el pasado; les prometió paradisíacos placeres; les describió tesoros maravillosos que podían ser suyos; apeló a su orgullo de marinos y de montelirianos. Y al final, cuando les vio reblandecidos, cesó de hablar como un pescador. Avanzó unos pasos por el puente de mando, hasta colocarse debajo de la bandera de Montalir, y habló como hablan los caballeros de la Reina:

—Ahora ya sabéis que no me propongo regresar hasta que hayamos dado la vuelta al gran globo y podamos llevarle a Su Majestad la Reina el mejor de los regalos. El cual no consistirá en oro ni esclavos, ni siquiera en el dominio de lugares lejanos que ella y su Compañía de Aventureros Mercantes desean. No, lo que alzaremos en nuestras manos para ofrecérselo, el día en que atraquemos de nuevo en el puerto de Lavre, será nuestra hazaña: el haber realizado lo que ningún hombre se ha atrevido a hacer hasta ahora, y el haberlo realizado para su mayor gloria.

Permaneció unos instantes en pie, a través de un silencio lleno de los rumores del mar. Luego dijo en voz baja: «¡Asunto terminado!», giró sobre sus talones y regresó a su camarote.

Así continuamos varios días más: los tripulantes sometidos pero disgustados, los oficiales procurando ocultar sus dudas. Yo estuve ocupado, no tanto con las obligaciones de escribano por las cuales me pagaban, ni con el estudio de las tareas de capitán para las cuales me estaba capacitando, como ayudando a Froad, el astrólogo. Los vientos eran tan apacibles, que podía realizar su trabajo incluso a bordo. No le importaba que nos hundiéramos o flotáramos; había vivido ya muchos años. Pero el conocimiento de los cielos que podía adquirir allí tenía gran valor para él. Por la noche, en cubierta, armado de cuadrante, astrolabio y telescopio, bañado por la claridad del firmamento, parecía una de las figuras barbudas existentes en los vitrales de Provien Minster.

—Mira allí, Zhean...

Su delgada mano señalaba más allá de los mares que brillaban y se ondulaban bajo la claridad nocturna, más allá del cielo púrpura y de las pocas estrellas que brillaban todavía, hacia Tambur. Enorme en su fase llena de medianoche, extendiéndose sobre siete grados de firmamento, de color entre verdoso y azulado. La luna que nosotros había-

mos bautizado con el nombre de Siett parpadeaba cerca de él. Balant, visto con muy poca frecuencia y muy bajo en nuestro lugar de procedencia, aparecía muy alto, con la parte oscura del disco teñida por el luminoso Tambur...

—No existe ninguna duda —declaró Froad—, puede verse cómo gira sobre un eje, y cómo hierven las tormentas en su aire. Tambur no es ya una leyenda, ni una espantosa aparición que vemos levantarse al entrar en aguas desconocidas. Tambur es real. Un mundo como el nuestro. Inmensamente mayor, desde luego, pero un esferoide en el espacio, a fin de cuentas; alrededor del cual se mueve nuestro propio mundo, presentando siempre el mismo hemisferio a su reina. Las conjeturas de los antiguos quedan confirmadas. No sólo que nuestro mundo es redondo, un hecho evidente para cualquiera... sino que nos movemos alrededor de un centro mayor, el cual a su vez tiene un camino anual alrededor del sol. Pero, en tal caso, ¿qué tamaño tiene el sol?

—Siett y Balant son satélites de Tambur —recordé, luchando por comprender—. Vieng, Darou, y las otras lunas que vemos corrientemente, tienen caminos al exterior de nuestro propio mundo. Sí. Pero, ¿qué es lo que los sostiene a todos?

—Lo ignoro. Tal vez la esfera de cristal que contiene las estrellas ejerce una presión hacia adentro.

La noche era cálida, pero me estremecí, como si aquellas hubiesen sido estrellas de invierno.

—¿Pueden haber también hombres en... Siett, Balant, Vieng... incluso en Tambur? —pregunté.

—¡Quién sabe! Necesitaríamos vivir muchas vidas para descubrirlo. Pero al final se conseguirá. Da gracias a Dios, Zhean, por haber nacido en este amanecer de una nueva era.

Froad volvió a sus medidas. Un trabajo fastidioso, opinaban los otros oficiales; pero yo había aprendido ya lo suficiente de las artes matemáticas para comprender que de

aquellos interminables cálculos podían salir el verdadero tamaño de la tierra, de Tambur, del sol, de la luna y de las estrellas, los caminos que seguían a través del espacio. De modo que los marineros ignorantes, que murmuraban y hacían signos contra el diablo cuando pasaban junto a nuestros instrumentos, estaban más cerca del hecho que los caballeros de Rovic: ya que Froad practicaba, en realidad, una magia más poderosa.

Vimos hierbajos flotando sobre el mar, aves, masas acumuladas de nubes, todas las señales de la proximidad de tierra. Tres días más tarde nos acercamos a una isla. Era de un verde intenso bajo aquellos tranquilos cielos. La resaca, más violenta aún que en nuestro hemisferio, se estrellaba contra altos acantilados, se disolvía en una nube de espuma y retrocedía, rugiendo. Costeamos con prudencia. Los artilleros permanecieron de pie junto a nuestro cañón con las antorchas encendidas. No sólo podíamos encontrar corrientes y bancos de arena —peligros con los cuales estábamos familiarizados—; en el pasado, habíamos tropezado con caníbales a bordo de canoas. Temíamos especialmente a los eclipses. En aquel hemisferio, el sol tiene que ocultarse cada día detrás de Tambur. En aquella longitud, el acontecimiento tenía lugar alrededor de media tarde y duraba casi diez minutos. Un espectáculo espantoso: el planeta primario —como Froad lo llamaba ahora, un planeta semejante a Diell o Coint, con nuestro propio mundo reducido a la categoría de simple satélite suyo— se convertía en un disco negro circundado de rojo, en un cielo repentinamente lleno de estrellas. Un viento frío soplaba a través del mar, e incluso las olas parecían apaciguarse. Sin embargo, el alma del hombre es tan insolente, que nosotros continuábamos atendiendo a nuestras obligaciones, interrumpiéndolas únicamente para rezar una breve plegaria en el momento en que desaparecía el sol, pensando más en las posibilidades de naufragar que en cualquier otra cosa.



Tambur es tan brillante, que continuamos nuestro camino alrededor de la isla durante la noche. Durante doce mortales horas, mantuvimos al Golden Leaper avanzando lentamente. Hacia el segundo mediodía, la perseverancia del capitán Rovic se vio recompensada. Una abertura en los acantilados reveló un largo fiordo. Unas playas cenagosas y llenas de vegetación nos indicaron que, a pesar de que las mareas subían mucho en aquella bahía, no era uno de aquellos aseladeros tan temidos por los marinos. El viento nos era favorable, de modo que arriamos las velas y bajamos los botes. Era un momento peligroso, especialmente debido al poblado que habíamos avistado en medio del fiordo.

—¿No sería mejor que nos quedáramos aquí, capitán, y dejáramos que ellos tomaran la iniciativa? —sugerí.

Rovic escupió sobre el cairel.

—He comprobado que lo mejor es no demostrar temor —dijo—. Si una canoa tratara de asaltarnos, la recibiríamos con una rociada de metralla. Pero opino que si desde el primer momento les demostramos que no nos inspiran miedo, corremos menos peligro de encontrarnos más tarde con una traidora emboscada.

Los hechos demostraron que estaba en lo cierto.

En el curso del tiempo, nos enteramos de que habíamos llegado al extremo oriental de un extenso archipiélago. Sus pobladores eran expertos navegantes, teniendo en cuenta que sólo disponían de embarcaciones rudimentarias. Sin embargo, aquellas embarcaciones tenían con frecuencia más de cien pies de longitud. Con cuarenta remos, o con tres velas, casi podían competir con nuestro buque en velocidad, y eran más maniobreras. Sin embargo, su escasa capacidad de carga limitaba su autonomía de navegación.

Aunque vivían en casas de madera con techos de bálogo y sólo poseían utensilios de piedra, los indígenas eran gente civilizada. Conocían la agricultura tan bien como la pesca y sus sacerdotes tenían un alfabeto. Altos y vigor-

sos, más morenos y menos velludos que nosotros, su aspecto era impresionante: la mayoría iban casi desnudos, en tanto que otros se adornaban con plumas y conchas. Habían formado una especie de imperio en el archipiélago. Efectuaban incursiones a unas islas situadas más al norte y mantenían un intenso comercio dentro de sus propias fronteras. Al conjunto de su nación le daban el nombre de el Hisagazy, y la isla en la cual habíamos atracado era Yartzik.

De todo eso nos enteramos lentamente, a medida que fuimos dominando su lenguaje. Permanecimos varias semanas en aquel pueblo. El duque de la isla, Guzan, nos acogió en forma cordial, suministrándonos alimentos, hospedaje y la ayuda que necesitábamos. Por nuestra parte, le obsequiamos con objetos de cristal, telas de vivos colores y otros artículos semejantes. A pesar de todo, tropezamos con muchas dificultades. La playa era tan cenagosa que al acercarse a ella hubiera encallado nuestro barco, de modo que tuvimos que construir un dique seco antes de poder carenar. Numerosos miembros de la tripulación contrajeron una rara enfermedad, y aunque se curaron con relativa rapidez, el hecho retrasó nuestro trabajo.

—Sin embargo, creo que nuestras dificultades son una bendición —me dijo Rovic una noche.

Había convertido en costumbre, después de asegurarse de que yo era un amanuense discreto, el confiarme ciertos pensamientos. El capitán de un barco es siempre un hombre solitario; y Rovic, ex pescador, ex filibustero, navegante autodidacta, vencedor de la Gran Flota de Sathayn y ennoblecido por la propia Reina, debía encontrar más duro aquel necesario aislamiento de lo que podía encontrarlo un hombre que hubiera nacido caballero.

Aguardé en silencio, dentro de la choza de hierba que le había cedido el duque. Una lámpara de esteatita arrojaba una luz vacilante y unas enormes sombras sobre nosotros. En el techo crujía algo. En el exterior, el húmedo terreno ascendía entre rústicas viviendas y frondosos árboles.

A lo lejos, se oía el redoblar de unos tambores, una especie de cántico y el golpeteo de unos pies alrededor de algún fuego ritual. Realmente, las frías colinas de Montalir parecían muy lejanas.

Rovic reclinó hacia atrás su musculosa figura. Se había hecho traer una silla civilizada del barco.

—Verás, mi joven amigo —continuó—, hasta ahora no hablamos permanecido en un lugar el tiempo suficiente para adquirir confianza y preguntar por el oro. Nos habían dado vagas indicaciones, rumores, la vieja historia: «Sí, señor extranjero, en realidad existe un reino donde todas las calles están pavimentadas con oro... un centenar de millas al oeste». Nada concreto, en una palabra. Pero, en esta prolongada estancia, he interrogado sutilmente al duque y a los sacerdotes. Me he mostrado tan prudente al hablar del lugar de donde procedemos y de lo que ya sabemos, que me han facilitado informaciones que de otro modo no hubieran salido de sus labios.

—¿Las Ciudades Doradas? —exclamé.

—¡Cuidado! No quiero que la tripulación se excite y se desmande. Todavía no.

Su curtido rostro adquirió una expresión pensativa.

—Siempre he creído que esas ciudades son pura leyenda —dijo. Debió darse cuenta de mi sorpresa, porque sonrió y continuó—: Una leyenda muy útil. Nos está arrastrando, como un imán, alrededor del mundo. —Su sonrisa se apagó. Su rostro adquirió de nuevo aquella expresión semejante a la de Froad cuando contemplaba los cielos—. Sí, también yo deseo oro, desde luego. Pero si no lo encontramos en este viaje, no importa. Me limitaré a capturar unos cuantos barcos de Eralia o de Sathayn cuando regresemos a nuestras aguas, y así financiaré el viaje. Aquel día, en el puente de mando, dije la verdad al declarar que este viaje era un objetivo en sí mismo; hasta que pueda ofrecérselo a la Reina Odela, que me dio el beso de ritual al armarme caballero.

Sacudió la cabeza, como para arrancarse a sus ensueños, y continuó en tono animado:

—Dejándole creer que estaba enterado de la mayor parte del asunto, le arranqué al duque Guzan la confesión de que en la isla principal de este imperio Hisagazy hay algo en lo que apenas me atrevo a pensar. Una nave de los dioses, dice él, y un verdadero dios viviente que llegó de las estrellas. Cualquiera de los nativos te dirá lo mismo. El secreto reservado a la gente noble es que esto no es ninguna leyenda, sino un hecho real. O, por lo menos, eso es lo que afirma Guzan. No sé qué pensar. Pero... Guzan me llevó a una cueva sagrada, y me mostró un objeto de aquella nave. Creo que era una especie de mecanismo de relojería. Ignoro lo que puede ser. Pero está hecho de un metal plateado y brillante que yo no había visto nunca. El sacerdote me desafió a que lo rompiera. El metal no era pesado: una simple lámina. Pero melló la hoja de mi espada, hizo añicos una roca con la cual lo golpeé, y el diamante de mi anillo no consiguió rayarlo.

Hice unos signos contra el diablo. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Ya que los tambores estaban redoblando en una selva oscura, y las aguas se extendían como algo bajo el giboso Tambur, y cada tarde aquel planeta se comía al sol.

Cuando el Golden Leaper estuvo de nuevo en condiciones de navegar, a Rovic no le fue difícil conseguir autorización para visitar al emperador de Hisagazy en la isla principal. En realidad, le hubiera sido difícil no hacerlo. Recuperados y satisfechos, subimos a bordo. Esta vez íbamos escoltados. El propio Guzan, hombre de mediana edad cuyo atractivo aspecto no quedaba demasiado alterado por los tatuajes de color verde pálido que cubrían su rostro y su cuerpo, era nuestro piloto. Varios de sus hijos habían extendido sus jergones sobre la cubierta de nuestra nave, en tan-

to que un enjambre de embarcaciones llenas de guerreros navegaban a lo largo de sus costados.

Rovic hizo acudir a Etien, el contra maestre, a su camarote.

—Sé que puedo confiar en ti —le dijo—. Encárgate de mantener a nuestra tripulación con las armas a punto, por pacífica que parezca la situación.

—¿Qué sucede, capitán? —inquirió Etien—. ¿Cree usted que los indígenas planean una traición?

—¿Quién puede saberlo? —respondió Rovic—. Ahora, procura que la tripulación no lo sospeche, pese a todo. No saben disimular. Y si los indígenas captaran algún síntoma de inquietud o de temor entre ellos, se inquietarían a su vez... lo cual empeoraría la actitud de nuestros propios hombres, en un círculo vicioso que nadie sabe cómo terminaría. Límitate a cuidar, con la mayor naturalidad posible, de que nuestros hombres permanezcan juntos y de que tengan siempre las armas al alcance de la mano.

Etien se inclinó y abandonó el camarote. Me arriesgué a preguntar a Rovic qué estaba pensando.

—Nada, por ahora —dijo—. Sin embargo, he sostenido entre mis manos un trozo de mecanismo de relojería que ni el Gran Ban de Giar sería capaz de imaginar; y me han hablado de una Nave que bajó del cielo, conducida por un dios o un profeta. Guzan cree que sé más de lo que en realidad conozco, y confía en que nosotros seamos un nuevo elemento perturbador en el equilibrio de la situación, y que podrá aprovecharnos en favor de sus propias ambiciones. No se ha hecho acompañar por todos esos guerreros para dar mayor esplendor a la comitiva. En lo que a mí respecta... trato de aprender algo más acerca de todo esto.

Se sentó ante su mesa, contemplando un rayo de sol que oscilaba al compás del balanceo del barco. Al cabo de unos instantes continuó:

—Los astrólogos de la anterior generación nos dijeron que los planetas son semejantes a esta tierra. Un viajero de

otro planeta...

Salí del camarote con un torbellino en mi cerebro.

Avanzamos sin novedad a través del grupo de islas. Al cabo de varios días llegamos a la isla principal, Ulas-Erkila. Tiene un centenar de millas de longitud, y un máximo de cuarenta millas de anchura, y el terreno asciende suavemente hacia unas montañas centrales, dominadas por un cono volcánico. Los Hisagazy adoran dos clases de dioses, acuosos y ardientes, y creen que el Monte Ulas alberga a estos últimos. Cuando vi aquel pico nevado flotando en el cielo sobre unos bordes esmeraldinos, manchando el azul de humo, pude comprender lo que los paganos sentían. El acto más sagrado que un hombre puede realizar entre ellos es arrojar al ardiente cráter del Ulas, y muchos guerreros ancianos son transportados hasta la cumbre de la montaña para que puedan hacerlo. Las mujeres no tienen acceso a las laderas del monte.

Nikum, la sede de la realeza, está situada en un fiordo como el poblado en el que hablamos residido últimamente. Pero Nikum es rica y extensa, casi tan grande como Roann. La mayoría de las casas son de madera; hay también un templo de basalto en la cumbre de un acantilado, dominando la ciudad, con huertas, bosques y montañas detrás. Los troncos de los árboles son tan grandes, que los Hisagazy han construido con ellos una serie de diques como los de Lavre... en vez de los amarraderos y boyas que suben y bajan con la marea y que se encuentran en casi todos los puertos del mundo. Nos ofrecieron un atracadero de honor en el muelle central, pero Rovic alegó que nuestro barco resultaba difícil de maniobrar y consiguió atracarlo en uno de los extremos.

—En el centro tendríamos la torre de vigilancia sobre nosotros —me susurró—. Y es posible que no hayan descubierto todavía el arco, pero sus lanzadores de jabalina son muy buenos. Asimismo, les sería fácil acercarse a nuestro barco, y entre nosotros y la boca de la bahía tendríamos un

enjambre de canoas. Aquí, en cambio, varios de los nuestros podrían dominar el muelle, mientras los demás lo preparaban todo para zarpar rápidamente.

—Pero, ¿tenemos algo que temer, capitán? —pregunté.

Se acarició el poblado bigote.

—No lo sé. Depende en gran parte de lo que realmente creen acerca de esa nave celeste... así como de lo que haya de verdad en ello. Pero pase lo que pase, no regresaremos sin esa verdad para la Reina Odela.

Los tambores redoblaron y unos lanceros adornados con plumas saludaron a nuestros oficiales a medida que desembarcaban. Sobre el agua había sido tendido un largo y angosto pasadizo de madera, utilizado únicamente por los nobles. Los ciudadanos corrientes nadaban de casa en casa cuando la marea lamía sus umbrales, o utilizaban una balsa si tenían que transportar algún bulto. El palacio real era un edificio alargado, construido con troncos de árbol, con fantásticos dibujos grabados en la madera.

Iskilip, Emperador y Sumo Sacerdote de Hisagazy, era un hombre anciano y corpulento. Un alto birrete de plumas, un cetro de madera rematado por un cráneo humano, los tatuajes de su rostro, su inmovilidad, le daban un aspecto imponente. Estaba sentado sobre una tarima, bajo unas antorchas que esparcían un agradable aroma. Sus hijos estaban sentados a sus pies, con las piernas cruzadas, y sus artesanos al otro lado. A lo largo de las paredes se alineaban sus guardianes, unos jóvenes musculosos con escudos y petos de escamosa piel de monstruo marino, armados con hachas de pedernal y lanzas de obsidiana que podían matar con tanta facilidad como el hierro. Llevaban la cabeza afeitada, lo cual les daba un aspecto más fiero.

Iskilip nos acogió cordialmente, hizo que nos sirvieran una bebida refrescante y nos invitó a sentarnos en un banco no mucho más bajo que su tarima. Nos formuló preguntas rutinarias. En el curso de la conversación, nos enteramos